

LA ESPAÑA DE FRANCO: LA CÁRCEL Y LA PLAZA. CONVERSACIÓN CON PAUL PRESTON.

JAVIER RODRIGO.

PREPRINT

Un historiador poliédrico. La figura más influyente de la historiografía hispanista sobre el siglo XX. El más serio, crítico y ácido biógrafo del general Franco. Toda una referencia en el estudio de la Segunda República, la Guerra Civil, la dictadura franquista y la transición a la democracia.

Resulta difícil definir en una sola frase a Paul Preston. Alumno, colega y maestro de algunos de los más importantes historiadores y analistas sobre la España del novecientos, su voz es una de las más respetadas en los foros de discusión pública sobre el pasado reciente, sobre la historia del tiempo presente. Reclamado constantemente por investigadores, periodistas, políticos, asociaciones, universidades, él mismo reconoce que mucha gente dice conocerle, incluso íntimamente. Sin embargo, entre tanta entrevista, análisis histórico, comparecencia en medios de comunicación y conferencias, su trayectoria como investigador e historiador tiende a ser desdibujada. Ante la próxima aparición de uno de los libros más esperados por la historiografía y por quien haya tenido o tenga algo que ver con la Guerra Civil española, *El holocausto español*, esta conversación, desarrollada en su despacho del Cañada Blanch Centre for Contemporary Spanish Studies de la London School of Economics, puede servir para conocer mejor la figura y la persona de un historiador que necesita pocas presentaciones.

Javier Rodrigo: ¿Qué te parece si empezamos hablando de tu formación como historiador? ¿Cómo llegas a interesarte por la historia contemporánea española?

Paul Preston: Creo que te voy a contar cosas que ni podrías imaginar. Hice la carrera en Oxford, pero allí había muy pocas posibilidades de hacer Historia “muy” contemporánea, que es lo que a mí me interesaba. Pude hacer solamente dos asignaturas de Historia Contemporánea. Y cuando tuve que tomar la decisión sobre quedarme allí a hacer el doctorado, vi que mis posibilidades en aquel momento eran más bien hacer algo sobre Francia, pues era el único idioma que entonces sabía, o hacer algo sobre política exterior británica. Estoy hablando de 1968. Ese año me ofrecieron una beca muy buena para ir a hacer un master en Reading, completamente dedicado a la Historia contemporánea. Es curioso, pero en Oxford y en Cambridge, el título de master lo tienes ya, pues se considera que la carrera allí es más difícil. Pero me ofrecieron una beca: en Reading hacían casi un *head hunting*, pues en aquel momento estaban intentando crear el Graduate School of Contemporary European Studies, para que rivalizase con el St. Anthony's College de Oxford. Allí tenía que cursar dos asignaturas, con un examen y una tesina en cada una. E hice una asignatura sobre la literatura de izquierdas durante los años treinta, con una tesina sobre la obra de Steinbeck, y otra sobre la Guerra Civil española, que impartía Hugh Thomas, con una tesina sobre la derecha durante la Segunda República, que fue mi primera publicación: un folleto de la Universidad de Reading. Así entré en contacto con Thomas, un hombre muy afable, con el que mantuve la relación una vez volví a Oxford, al finalizar el master. Hacia el final de aquel año, el 68-69, empecé a apasionarme con la lectura sobre la Guerra Civil, y a sentir también la falta del idioma. Así que me volqué en el estudio de la lengua: para aprender, cogí un libro que quería leer, *Los partidos monárquicos bajo la Segunda República*, de Santiago Galindo Herrero, y lo leí con diccionario. Me costó tres semanas, al

final de las cuales tenía ya mucho vocabulario, aunque poca idea de pronunciación... pero ya compré discos, poco a poco iba avanzando por mi cuenta. En aquel verano, al terminar el master, fui a España y pasé allí el verano, fue el inicio de mi flechazo con España.

JR- ¿Y tu tesis doctoral? ¿Cómo la desarrollaste, con quién trabajaste más estrechamente?

PP- A la vuelta de España, ya había decidido que iba a hacer mi tesis sobre Renovación Española. Teóricamente iba a tener de director de la tesis a Raymond Carr. Pero ese año, Carr estaba de *visiting profesor* en Boston, y me asignaron como director de tesis a un italianista, Christopher Sean Watson. Cuando volvió Carr, que también tenía de alumno a Martin Blinkhorn, entre los dos decidieron, probablemente con razón, que no había suficiente materia para una tesis sobre Renovación Española. Carr me dijo que tenía que dejar el tema, lo que para mí fue un golpe tremendo, pues ya llevaba un año y medio trabajando. Fue un golpe duro. Lo que ya había escrito, lo publiqué en el *Journal of Contemporary History* y en *Ruedo Ibérico*, mi primera publicación en castellano.

JR- Hablar de tu relación con *Ruedo Ibérico* es hablar también de Southworth...

PP- Sí. Yo ya había entrado en contacto con la gente de Ruedo Ibérico a través de Southworth, y había hecho una grandísima amistad con él. Aquello llegó a ser casi una relación paterno-filial (él no tenía hijos, yo era huérfano...). Yo le considero uno de mis maestros, quizás el más importante.

JR- Decías que tuviste que cambiar tu tema de investigación...

PP- Para no perder el trabajo realizado, intenté hacer algo sobre los monárquicos durante la República, incluso empezando desde antes: la juventud maurista, su papel durante la dictadura, desembocando en Renovación Española. Estuve en Madrid, pero francamente no estaba muy a gusto. Encontraba la documentación sobre la dictadura, confusa y mal organizada en el Archivo Histórico Nacional, y lo que yo quería era trabajar sobre la República. Así que al final yo, que ya estaba muy establecido en España (teóricamente en Oxford te dejaban tres meses de estancia, pero yo ya llevaba un par de años, y no tenía ninguna gana de volver a Inglaterra), que dominaba el castellano, pues decidí hacer lo que realmente quería: estudiar ese gran conflicto entre el PSOE y la CEDA por conquistar legalmente el aparato del Estado. Uno, el PSOE, con unas masas agrícolas y mineras detrás, y el otro, con los latifundistas y propietarios. La tesis que yo perseguía era que la lucha de clases en el campo, en la industria y sobre todo, en la minería, se trasladaba al parlamento. Y en todo ello, fue de gran ayuda el que ha sido mi otro gran maestro, Joaquín Romero Maura, quien entonces era ayudante de Carr, y con el que incluso mantuve más relación. Él fue quien realmente dirigió mi tesis doctoral: un hombre extraordinario, extraordinariamente inteligente, posiblemente el más inteligente que he conocido en mi vida.

JR- ¿Cómo fue tu investigación en España, estando aún vivo Franco?

PP- Hay algo que te tengo que contar, que te hará gracia. Cuando me tocó ir a España para una estancia larga, un poco después del golpe de cambiar de tema, y mientras estaba preparándome para el viaje, Romero Maura me dio una serie de cartas de presentación, para distintas personas. Y una de ellas era para Ricardo de la Cierva, con quien los Maura tenían una gran amistad. Era la persona que había establecido Fraga en el Centro de Estudios de la Guerra Civil del Ministerio de Información. Yo fui con esta carta, me

presenté a La Cierva, quien entonces estaba publicando cosas relativamente liberales sobre la Guerra Civil: yo diría que Ricardo de la Cierva, al contrario de otros llamados “revisionistas”, sí ha hecho investigación, y realmente encuentras cosas de valor en sus libros, aunque no se esté de acuerdo. Yo iba al Centro todos los días, le veía a diario, charlábamos. Cuando salió mi primer libro, *La destrucción de la democracia en España*, hizo una reseña fantástica en ABC. En plan muy paternal, «yo recuerdo que una vez vino un inglesito a verme, en pantalón corto, yo le he enseñado todo lo que sabe...». Pero él me presentó a mucha gente, por ejemplo a Ignacio Arenillas, el marqués de Gracia Real, un terrateniente de Salamanca que conocía a toda la derecha de entonces (gracias a él entrevisté a Gil Robles) y que había estado en al CEDA, en Renovación Española, en Comunión Tradicionalista, en la Falange. Un hombre muy interesante, que había sido el abogado defensor de Besteiro. Aunque también conocía a más gente: me hice muy amigo del jefe de la CNT en Madrid durante la guerra, Miguel González Enestal, a través de su hijo, a quien conocí en la hemeroteca. Su compañera era una de las fundadoras de Mujeres Libres.

JR- Además, militaste políticamente en contra el franquismo...

PP- Hombre, sí, pero no demasiado. En paralelo a lo que hacía sobre la República, me interesaba mucho por la situación política, que los jóvenes estaban en la Universidad y había cargas policiales... en la segunda edición de *El triunfo de la democracia en España* cuento un poco de eso, algunas escenas que vivía, un prólogo autobiográfico...

JR- Sí. Cuentas que hacías de traductor entre políticos ingleses y gente que venía a Inglaterra desde España.

PP- Incluso ingresé en Carabanchel con Josefina, para llevar mensajes a Camacho, con documentación falsa. Pero siempre tenía cierta seguridad, aunque me jugase que me diesen una paliza.

JR- En ese prólogo hablas también de la posibilidad de realizar una trilogía sobre la destrucción, la lucha y el triunfo de la democracia.

PP- En ese momento aún no lo había pensado, quería hacer un segundo volumen sobre “la lucha por la democracia”, la lucha contra el franquismo. Estando allí, empecé a coleccionar cosas, una colección casi completa de *Mundo Obrero*, de *Nuestra Bandera*, de toda la prensa clandestina. Tenía el garaje casi lleno de panfletos y periódicos clandestinos de esos grupúsculos que entonces nos parecían tan importantes, y que al final no lo fueron tanto. Era un poco mi *hobby*, sabía quién era quién en cada grupúsculo, las diferencias entre sus pensamientos. Y escribía alguna cosa, por ejemplo ese capítulo en *España en crisis*, posiblemente lo primero que se hizo con una visión histórica sobre la lucha antifranquista. Luego publiqué bastantes artículos sobre el PC y seguí investigando, pensando en ese trabajo, pero la transición cambió todas las perspectivas. No había sido como habíamos pensado. Y empezó a interesarme mucho más ese proceso de negociación entre los franquistas más avisados, la izquierda más moderada, y por eso aparqué el trabajo para hacer ese otro libro, *El triunfo de la democracia en España*.

JR- Que posiblemente sea el primer libro sobre la transición con una perspectiva histórica, sin estar sujeto a la inmediatez periodística.

PP- Unos meses antes habían salido unos libros de periodistas, uno de David Gillmond y otro de Robert Graham. Pero sí, posiblemente fuese el primero con una base metodológica. Siempre pensaba en volver y terminar todo aquello sobre la oposición, para completar la trilogía, pero ya me metí a hacer el *Franco* y claro...

JR- Es decir, Franco era una presencia constante que, al final, tenías la necesidad de abordar. De hecho, *Franco* pesa como un coliseo en tu bibliografía. ¿Cuánto tiempo te costó hacerlo?

PP- Ten en cuenta que todo lo que yo había hecho antes era relevante, creo que lo que yo escribía sobre Franco en la República hubiera sido imposible sin haber hecho una tesis doctoral sobre la República. Había mucho trabajo que ya había hecho en los que Franco estaba siempre presente. Así que es muy difícil saber cuántos años fueron, aunque creo que empecé realmente en serio en el 85, con lo cual fueron unos siete años. Para finales del 92 lo tenía terminado. Era una época en la que yo trabajaba demasiado. Piensa que entre el 87 al 90 fui decano de la facultad en Queen Mary College, y nada más venir a la LSE fui jefe de departamento, con lo que tenía cargos académicos muy duros. Ahí empezaron mis problemas de salud, tenía niños pequeños, trabajaba catorce o dieciséis horas día, dormía poco y vivía base de cafés y aspirinas. Pero conseguí hacer el *Franco*.

JR- Un libro que, metodológicamente, me interesa particularmente. Esa es una de tus líneas rectoras, la utilización de la biografía.

PP- Descubrí casi por accidente que tenía cierta vocación de biógrafo. Cuando hice mi tesis, una cosa que me fascinaba era el papel de los individuos. Si alguien me hubiese preguntado cómo me definiría a mí mismo, diría que como historiador social. Lo que pasa es que a mí me fascinaba, y se ve si lees *La destrucción de la democracia*, el personaje. En ese libro me centro mucho en personajes, a mí me fascina la relación y la interacción entre los individuos y los grandes movimientos históricos. En ese libro, en la parte sobre el PSOE, me fascinaba la relación entre Prieto, Largo Caballero y Besteiro, y sus secuaces, y dentro de la CEDA, la relación entre Gil Robles y quienes le seguían, los Cándido Casanova, Jiménez Fernández, las luchas entre la gente moderada de la CEDA como Luis Lucia y los duros, como Casanova y otros muchos. Y también, cuando hice *El triunfo*, había mucho énfasis en el papel de individuos como Carrillo, Felipe, el Rey, Fraga, Suárez, etc. Siempre he estado más a gusto hablando de individuos, pero nunca habría pensado que eso significara que yo tenía vena de biógrafo. Así que cuando acepté el encargo de hacer el libro de Franco, hacía el año 82 o incluso antes, cuando firmé el contrato con Gonzalo Pontón, empecé a trabajar en él, pero con cierta renuencia. Había presión aquí, en Inglaterra. Siempre me decían que siendo hispanista, debía ocuparme de Franco. Que era impensable ser, por ejemplo, alemanista, y no ocuparse de Hitler. Pero yo tenía la impresión de que la figura de Franco era tan aburrida, tan odiosa, que no me interesaba. Pero una vez que empecé, me di cuenta de que me fascinaba. Franco era, personalmente hablando, un enigma, con aspectos bastante cómicos: un hombre que paga alquimistas para que hagan un polvo que crea instantáneamente petróleo, que se cree que el guayule va a solucionar el problema del caucho, que piensa que Pablo VI era bolchevique o que Juan XXIII era masón, o que el mundo estaba regido por un superestado masónico que no se sabía si estaba en la luna o debajo del Atlántico y al cual obedecían los gobiernos de Washington y Londres... ¡pues ese hombre es que tiene gracia, tiene talento cómico!

JR- Algo muy interesante de la biografía de Franco es que esa parte cómica casi no aparece en el libro. Aparece, pues es un libro muy completo, pero sin embargo muestras, sobre todo, a un Franco cínico y asesino.

PP- Claro, por supuesto. Pero hay un misterio, un secreto. Es un hombre frío, mediocre... Pero Franco es el Liverpool de los dictadores. Tenía mucha suerte, pues cometía errores garrafales, y le salían bien, lo cual es prueba para sus seguidores de que era un genio. Pero realmente era pura suerte. Comete unos errores durante la Guerra Civil que luego le vienen muy bien, aunque estratégicamente sean absurdos: Brunete, Teruel, el Ebro son absurdos, pero le vienen muy bien, porque lo que pretende es aniquilar al ejército republicano. Y es suficientemente frío como para aceptar una masacre de sus propias tropas como el precio aceptable con tal de ganar lo que él quiere. En la Segunda Guerra Mundial está ofreciéndose constantemente para entrar, pero por razones ajenas a su voluntad eso no es posible. Pues le saca provecho. Comete errores en la Guerra Fría, privando a España de la ayuda Marshall, pero eso revierte en el convencimiento, que para eso fue un gran manipulador de los medios de comunicación, de que solamente está él entre el “pobre pueblo” y los “buitres” de afuera. Y luego por su anticomunismo y por la situación estratégica de España saca el acuerdo con los EE.UU., cuando ya su política económica, que es un desastre colosal, ha llevado a España a la ruina económica total. Como si nada, y cabreado, le dice a Navarro Rubio, «haga usted lo que quiera». Debe ser ayudado por el Fondo Monetario Internacional, los tecnócratas, las remesas de los emigrantes, el turismo... aunque Franco crea que son todos masones, todo eso genera el desarrollo, y a su vez el mito de que ha sido Franco el garante del mismo. Pero Franco se retira de la política en el 57, cuando cumple 65 años. Ya está cansado y es, más o menos, cuando la economía está en una situación de desastre total. Él, que se consideraba un economista genial, se da cuenta de que no tiene ni puta idea. Mi teoría es que desde ese momento, pasa a ser un jefe del Estado ceremonial, que ya no es un jefe de gobierno de trámite diario, algo que deja para los otros. Preside los Consejos de Ministros y firma sentencias de muerte, como la de Puig Antic... pero, ¿qué hizo durante dieciocho años de trabajo? ¿Qué porcentaje de su tiempo le tomó el firmar nueve sentencias de muerte? Se dedicaba a la pesca, la caza, a hacer quinielas y ver la tele, recibir credenciales de embajadores, pero realmente, como diríamos en inglés, *the business of government*, eso lo hacían otros. A finales de los 50 ya está jubilado, y lo único que le preocupa es la sucesión, le preocupa que lo que venga después no esté controlado por él.

JR- Eres la persona que mejor conoce a Franco. ¿Y a su sucesor, Juan Carlos? ¿Crees que hay perfiles del Monarca que quedan aún por trabajar, que quedan oscuros?

PP- Creo que mi biografía sobre el Rey es muy completa, sobre todo hasta los años Ochenta. Después no entro, pues creo que su gran papel histórico es hasta el 82. Cuando doy conferencias sobre el Rey, siempre hay quien quiere que digas que estaba implicado en el Golpe del 23F. Y tras investigarlo, entrevistar a Armada, analizar las memorias, hacer las entrevistas y hacer mi composición de lugar, mi interpretación es que habría sido completamente absurdo que estuviese implicado en eso. Además, es el que lo paró. Si él hubiera querido que el golpe triunfase, habría triunfado. No he leído aún una crítica coherente a mi interpretación sobre el papel de Juan Carlos. Creo que la interpretación que hago sobre su figura, sobre el personaje, es correcta. Eso después lo he hablado con el Rey, y no antes. Y contrastando mi interpretación con lo que después él me ha dicho, quedé bastante satisfecho. Si Franco hubiera leído mi libro sobre él, no le habría gustado. Pero en este caso tengo la aprobación del biografiado, lo que puede que no sea la crítica más adecuada. Pero a mi me satisface. Yo le dije que en el libro había cosas increíblemente

dolorosas, pero él piensa que es mejor que se conozcan esos episodios. Yo no lo considero entre mis mejores libros, pues tratar sobre una persona todavía viviente, llegas a una época para la que no hay documentos. Hay documentación hasta la muerte de Franco.

JR- Y ¿cuál consideras que es tu mejor libro? Para mí, es *La política de la venganza*.

PP- Bueno, yo creo que la gente piensa que mi mejor libro es el *Franco*, y desde luego es el que tiene más inversión en trabajo. Y tengo mucho afecto por *La destrucción de la democracia*. Ahora cambiaría cosas, pero me gusta cómo están escritas muchas cosas. Quizás el libro que más me gustó escribir fue *Palomas de guerra*, fue una experiencia muy emocional pues, salvo la parte sobre Doña Carmen, era tratar de una materia muy personal cartas y diarios de esas mujeres, indagar en las vidas personales y en las tragedias cotidianas, fue una experiencia muy diferente. Eso es precisamente lo que me gusta de la biografía, el acercamiento a los personajes. Por eso disfruté también escribiendo *Las tres Españas del 36*, donde había un gran abanico de figuras, incluidos Millán Astral y José Antonio. Pero claro, eso también vale para el libro sobre Juan Carlos: no puedes complacer a todo el mundo.

JR. Y más allá de la biografía, ¿qué otras influencias teóricas y metodológicas reconoces en tu obra?

PP- Yo siempre me he considerado más o menos marxista o, como mínimo, “**marxisaun**”, como dicen los franceses. Ahora algunos me llaman “marxista”, pero eso para mí es como decir ser cirujano, o endocrinólogo. Algo muy serio para lo que hay que tener muchos conocimientos. Yo sí creo que lo fundamental son elementos materialistas, y creo en la lucha de clases.

JR- ¿Aún hoy?

PP- [Ríe] Sí, aún hoy... pero depende de lo que quieres decir. Si yo hago lo que estoy haciendo ahora, un análisis de cómo el franquismo quiso exterminar la clase obrera organizada, tengo que concluir que si eso no es lucha de clases, pues no sé que otra cosa pueda serlo.

JR- Yo opino que la violencia política no es una violencia de clase. Es una violencia muy clasista, pero no de clase. Decir que es una violencia de clase implica olvidarse de la horizontalidad de la violencia.

PP- Claro, eso es evidente, hay muchos, muchísimos elementos. Yo ahora tengo un capítulo de mi próximo libro, de más de 100 páginas, diciendo exactamente eso. En tal caso estamos de acuerdo. Pero creo que hay un componente de clase, de odio de clase sobre todo en el mundo rural, de los propietarios a los pobres, y de los pobres a los ricos. Si tú dices que eso no es lucha de clases, pues hay que buscar otro término. Pero desde luego, lo que no es está claro: no tiene nada que ver con la maldad de los “rojos”, como dicen los franquistas o los revisionistas.

JR- ¿Qué perspectiva va a tener este nuevo libro?

PP- Lo que pretendo es, dentro de lo que cabe, una visión global de la represión franquista. Literariamente hablando, primer problema, es complicado. Aun sin hacer investigación directa, de husmear en los registros civiles o en los archivos de prisiones, basándome en los trabajos ya publicados, es casi imposible leer todo lo que ha salido publicado. Hay

cantidades ingentes. Además, están publicados por pueblos, ayuntamientos... El segundo problema es que muchas materias son repugnantes, desgarradoras. Te encuentras con cosas espantosas, que te generan un problema moral. Pero luego hay un problema literario, de cómo estructurarlo. Tengo una sección sobre la represión en Castilla, donde apenas hubo resistencia al golpe de Estado y, si quieres resumirlo, puedes hacerlo en veinte páginas: había mucha matanza, hecha por falangistas y guardias civiles. Pero si intentas hacerlo con detalles, hablando de números y poniendo caras, es muy complicado. Un sitio que he trabajado más, posiblemente, que otros, es Valladolid. En comparación con la poca violencia anterior, tuvo una violencia exagerada en julio del 36; mientras, en Salamanca no había nada hasta que no llegaron las huestes de Onésimo Redondo desde Valladolid, importando la violencia. Si cuentas la historia de Valladolid, debes contar qué pasa a su vez en Segovia o en Burgos. Es decir, es muy difícil, y todavía no he resuelto el problema estructural, en ese sentido. Y luego aún hay otro problema más: si yo sigo, por ejemplo, la represión en el Sur, lo que hacían las diferentes columnas y los latifundistas, pues sobre algunos puedes encontrar material, y sobre otros no, simplemente.

JR- Claro, no consiste sólo en describir, sino en completar, buscar una perspectiva amplia, e interpretar.

PP- Claro... pasa, por ejemplo, con el periplo de la columna de Yagüe desde Sevilla a Badajoz. Tengo que completar el trabajo de Espinosa con otros libros e investigaciones locales y, además, no dejarlos en Badajoz, sino ir con ellos hasta Madrid. Y claro, puedo saber qué pasa en un pueblo, pero luego puedo no tener ni idea de lo que ocurre en el siguiente. Eso es el trabajo de historiadores locales. Aunque pudiese desplazarme a cada pueblo para saber lo que pasó, necesitaría mil años para completar el trabajo.

JR- ¿Qué volumen va a tener este libro, aproximadamente?

PP- Yo creo que, fácilmente, 600 páginas. Es un trabajo muy complejo. Tú puedes utilizar un estudio muy fidedigno de una provincia que diga una cifra global, pueblo por pueblo. Pero después puedes encontrar un trabajo de otro historiador que aporte todavía más datos de uno de esos pueblos. ¿Qué haces?

JR- Muy brevemente. ¿Por qué haces este libro?

PP- Yo siempre he tenido un gran compromiso con la democracia en España, creo que es una básica de mi trabajo. Siempre he querido contar, por ejemplo con *Franco*, quién era el dictador. Ahora quiero contar cuáles son sus responsabilidades. Creo que es un libro comprometido, que aparece en un ambiente de demanda de este tipo de análisis.

Intento hacer vivir, aunque eso acarree problemas literarios, de cerca lo que ocurre. Intento que mis libros sean amenos, que puedan leerse fácilmente. Intento poner figuras reconocibles que, si es posible, puedan aparecer diferentes veces a lo largo del libro, tanto verdugos como víctimas. Por ejemplo, una figura que aparece mucho en el libro es el Capitán Aguilera, o el padre Tusquets, un cura integrista enloquecido con la conspiración judeo-masónica-bolchevique, que empieza el fichero de masones que, luego, va a ser la base del Archivo de Salamanca. También sobre el policía secreto Mauricio **Carl**, verdugos a los que puedes seguir la pista... y también a las víctimas. Voy a escribir mucho, por ejemplo, sobre **Carlotte O'Neal**.

JR- ¿Hasta cuándo tienes la agenda ocupada?

PP- Más o menos, hasta que muera.